

Mamá Margarita y su pobreza personal

Mamá Margarita, inspirada en el amor a la vida de privaciones soportada por nuestro Señor Jesucristo, repetía a menudo: Pobre nació, pobre quiero vivir y morir. De vez en cuando, solía devolver las visitas e ir a las casas de los bienhechores, donde era recibida con gran alegría. A pesar de ello, nunca quiso cambiar su indumentaria campesina, ni permitió que se empleasen en ella tejidos o lienzos de algún valor.

-Saben muy bien esos señores que yo soy pobre, exclamaba, y, por consiguiente, perdonarán la ordinariez de mis vestidos.

Pero aquellas telas estaban siempre tan pulcras que agradaban a todo el que trataba con ella. Con el andar del tiempo, y después de varios años de llevar el mismo vestido, aunque sin manchas, resultaba que éste se veía desteñido y remendado. Un día le dijo Don Bosco:

-Mamá, por favor, cámbiese de vestido. Hace ya tantos años que lleva el mismo encima.

-Qué gracia. ¿Y no te parece que todavía me va bien este vestido?

- Bien. Le aseguro que no es ni decente. Viene a usted el conde Giriodi y la marquesa Fassati, y ciertamente no conviene que los reciba con ese

vestido. Ni los barrenderos de la calle van peor vestidos que usted.

-Pero, ¿cómo quieres que haga para comprarme un vestido cuando no tenemos nada?

-Es verdad, no tenemos nada; pero, antes que verla hecha una lástima, dejaremos el vino y la carne; y usted provéase.

-Cuando las cosas sean así, haremos este gasto.

-Cuánto costará un vestido?

-Veinte liras.

-Aquí las tiene.

Margarita tomó las veinte liras y se retiró a sus labores. Pasó una semana, pasaron dos, pasó un mes y Margarita siempre con el mismo vestido encima. Hasta que finalmente Don Bosco le preguntó:

-Mamá, ¿y el vestido nuevo?

-Ah. Es verdad. Pero, ¿cómo comprarlo, si no tengo un céntimo?

- ¿Y las veinte liras?

-Ay, ya están gastadas. Compré sal, azúcar, cebollas y otras cosas por el estilo. Vi, además, a un pobre muchacho descalzo y tuve que comprarle un par de zapatos. Con lo que me quedó compré unos pantalones a fulano y una corbata a mengano.

-Bueno, ha hecho usted bien; pero no puedo soportar el verla así: iba en ello mi honor.

-Me sabe mal: hay que remediarlo; pero, ¿cómo hacer?

-Pues bien, le daré otras veinte liras, pero esta vez quiero que se cuide de usted misma.

-Lo haré, si así te place.

-Tenga las veinte liras; pero no olvide que deseo verla finalmente vestida con más decoro.

-Tranquilo, tranquilo.

Pero quedábamos en las mismas: todo se gastaba para los muchachos.

Memorias Biográficas, Tomo IV pág. 126

